



Had C: texto 3: Miguel Nibura, Tres sombreros de copa,
Madrid, Castalia, 2009.

Tres sombreros de copa

PERSONAJES

PAULA	DON ROSARIO
FANNY	DON SACRAMENTO
MADAME OLGA	EL ODIOSO SEÑOR
SAGRA	EL ANCIANO MILITAR
TRUDY	EL CAZADOR ASTUTO
CARMELA	EL ROMÁNTICO ENAMORADO
DIONISIO	EL GUAPU MUCHACHO
BUBY	EL ALEGRE EXPLORADOR

La acción en Europa¹, en una capital de provincia de segundo orden

Derechas e izquierdas, las del espectador

¹ La precisión de Milhura en la acotación inicial invita a considerar el carácter de problemática burguesa general que concede al conflicto planteado en su comedia.

Acto primero

Habitación de un hotel de segundo orden en una capital de provincia. En la lateral izquierda, primer término, puerta cerrada de una sola hoja, que comunica con otra habitación. Otra puerta al foro que da a un pasillo. La cama. El armario de luna. El biombo. Un sofá. Sobre la mesilla de noche, en la pared, un teléfono. Junto al armario, una mesita. Un lavabo. A los pies de la cama, en el suelo, dos maletas y dos sombreras altas de sombreros de copa. Un balcón, con cortinas, y detrás el cielo. Pendiente del techo, una lámpara. Sobre la mesita de noche, otra lámpara pequeña.

(Al levantarse el telón, la escena está sola y oscura hasta que, por la puerta del foro, entran DIONISIO y DON ROSARIO, que enciende la luz del centro. DIONISIO, de calle, con sombrero, gabán y bufanda, trae en la mano una sombrera pa-recida a las que hay en escena. DON ROSARIO es ese viejecito tan bueno de las largas barbas blancas.)

DON ROSARIO.—Pase usted, don Dionisio. Aquí, en esta habitación, le hemos puesto el equipaje.

DIONISIO.—Pues es una habitación muy mona, don Rosario.

DON ROSARIO.—Es la mejor habitación, don Dionisio. Y la más sana. El balcón da al mar. Y la vista es hermosa. *(Yendo hacia el balcón.)* Acérquese. Ahora no se ve bien porque es de noche. Pero, sin embargo, mire usted allí las lucecitas de las farolas del puerto. Hace un efecto muy lindo. Todo el mundo lo dice. ¿Las ve usted?

DIONISIO.—No. No veo nada.

sio. Que se ponga al aparato la señorita Margarita. (A DON ROSARIO.) Es la criada... Ya viene ella... (Al aparato.) ¡Bichito mío! Soy yo. Sí. Te llamo desde el hotel... Tengo teléfono en mi mismo cuarto... Sí. Caperucita Encarnada... No... Nada... Para que veas que me acuerdo de ti... Oye, no voy a llevar el sombrero que me hace cara de chubeski³... Fue una broma... Yo no hago más que lo que tú me mandes... Sí, amor mío... (Pausa.) Sí, amor mío... (De repente, encoge una pierna, tapa con la mano el micrófono y da un pequeño grito.) Don Rosario... ¿En esta habitación hay pulgas?

DON ROSARIO.—No sé, hijo mío...

DIONISIO.—(Al aparato.) Sí, amor mío. (Vuelve a tapar el micrófono.) ¿Su papá, cuando murió, no le dejó dicho nada de que en esta habitación hubiese pulgas? (Al aparato.) Sí, amor mío...

DON ROSARIO.—Realmente, creo que me dejó dicho que había una...

DIONISIO.—(Que sigue rascándose una pantorrilla contra otra, desesperado.) Pues me está devorando una pantorrilla... Haga el favor, don Rosario, rásqueme usted... (DON ROSARIO le rasca.) No; más abajo. (Al aparato.) Sí, amor mío... (Tapa.) ¡Más arriba! Espere... Tenga esto.

(Le da el auricular a DON ROSARIO, que se lo pone al oído, mientras DIONISIO se busca la pulga, muy nervioso.)

DON ROSARIO.—(Escucha por el aparato, en donde se supone que la novia sigue hablando, y toma una expresión dulcísima.) Sí, amor mío... (Muy tierno.) Sí, amor mío...

DIONISIO.—(Que, por fin, mató la pulga.) Ya está. Déme... (DON ROSARIO le da el auricular.) Sí... Yo también dormiré con tu retrato debajo de la almohada... Si te desvelas, llámame tú después. (Rascándose otra vez.) Adiós, bichito mío. (Cuelga.) ¡Es un ángel!...⁴

³ *Chubeski*: especie de estufa de forma cilíndrica. Nótese el intento de Mihura de ridiculizar, a través de transformaciones grotescas (objetos o animales), a los personajes.

⁴ Esta situación, tan bien explotada por Mihura, supone una de las consuetudes de su lenguaje teatral: reducir lo trascendente o melodramático a lo

DON ROSARIO.—Si quiere usted diré abajo que le dejen en comunicación con la calle, y así hablan ustedes cuanto quieran...

DIONISIO.—Sí, don Rosario. Muchas gracias. Quizá hablen más...

DON ROSARIO.—¿A qué hora es la boda, don Dionisio?

DIONISIO.—A las ocho. Pero vendrán a recogerme antes. Que me llamen a las siete, por si acaso se me hace tarde. Voy de chaquet y es muy difícil ir de chaquet... Y luego esos tres sombreros de copa...

DON ROSARIO.—¿Me deja usted que le dé un beso, rosa de pitiminí? Es el beso que le daría su padre en una noche como ésta. Es el beso que yo nunca podré dar a aquel niño mío que se me cayó en un pozo...

DIONISIO.—Vamos, don Rosario...

(Se abrazan emocionados.)

DON ROSARIO.—Se asomó al pozo, hizo «¡pin!», y acabó todo.

DIONISIO.—¡Don Rosario!...

DON ROSARIO.—Bueno. Me voy. Usted querrá descansar...

¿Quiere usted que le suba un vasito de leche?

DIONISIO.—No, señor. Muchas gracias.

DON ROSARIO.—¿Quiere usted que le suba un poco de mermelada?

DIONISIO.—No.

DON ROSARIO.—¿Quiere usted que me quede aquí, hasta que se duerma, no se vaya a poner nervioso? Yo me subo el cornetín y toco... Toco «El carnaval en Venecia», toco «La serenata de Toselli»... Y usted duerma y sueña...
DIONISIO.—No, don Rosario. Muchas gracias.

irrisorio. La aparición de la pulga, la utilización de Rosario en la conversación y lo estereotipado de ésta, revelan el falso ternurismo y la boda absurda. Mihura no lo dice, lo evidencia a través de la situación teatral.

⁵ *Mojama*: carne salada y secada al sol o al humo, especialmente el atún. El ofrecimiento de don Rosario no puede ser más significativo: un alimento seco y poco abundante. El aprendizaje de Dionisio empieza implícitamente en sus estancias en la pensión, bajo los expertos cuidados de don Rosario.

grande, tiene una vista magnífica. Desde el balcón se ve el mar... Y en el mar tres lucecitas... El suelo también es muy mono... ¿Quiéren ustedes mirar debajo de la cama?...

BUBY.—(Seco.) No.

DIONISIO.—Anden. Miren debajo de la cama. A lo mejor encuantran otra bota... Debe de haber muchas...

PAULA.—(Que sigue distraída y sin hacer mucho caso de lo que dice

DIONISIO, siempre azoradísimo.) Haga usted algún ejercicio con los sombreros. Así nos distraeremos. A mí me encantan los malabares...

DIONISIO.—A mí también. Es admirable eso de tirar las cosas al aire y luego cogérlas... Parece que se van a caer y luego resulta que no se caen... ¡Se lleva uno cada chasco!

PAULA.—Ande. Juegue usted.

DIONISIO.—(Muy extrañado.) ¿Yo?

PAULA.—Sí. Usted.

DIONISIO.—(Jugándose el todo por el todo.) Voy. (Se levanta. Tira los sombreros al aire y, naturalmente, se caen al suelo, en donde los deja. Y se vuelve a sentar.) Ya está.

PAULA.—(Aplaudiendo.) ¡OH! ¡Qué bien! ¡Déjeme probar a mí! Yo no he probado nunca. (Coge los sombreros del suelo.) ¿Es difícil? ¿Se hace así? (Los tira al aire.) ¡Hoop!

(Y se caern.)

DIONISIO.—¡Eso! ¡Eso! ¡Ha aprendido usted en seguida! (Recoge del suelo los sombreros y se los ofrece a BUBY.) ¿Y usted? ¿Quiere jugar también un poco?

BUBY.—No. (Y suena el timbre del teléfono.) ¿Un timbre?

PAULA.—Sí. Es un timbre.

DIONISIO.—(Desconcertado.) Debe de ser visita.

BUBY.—No. Es aquí dentro. Es el teléfono.

DIONISIO.—(Disimulando, porque él sabe que es su novia.) ¡El teléfono?

PAULA.—Sí.

DIONISIO.—¡Qué raro! Debe de ser algún niño que está jugando y por eso suena...

PAULA.—Mire usted quién es.

DIONISIO.—No. Varnos a hacerle rabiar.

PAULA.—¿Quiere usted que mire yo?

DIONISIO.—No. No se moleste. Yo lo veré. (Mira por el auricular.) No se ve a nadie.

PAULA.—Hable usted.

DIONISIO.—¡Ah! Es verdad. (Habla fingiendo la voz.) ¡No! ¡No!

(Y cuelga.)

PAULA.—¿Quién era?

DIONISIO.—Nadie. Era un pobre.

PAULA.—¿Un pobre?

DIONISIO.—Sí. Un pobre. Quería que le diese diez céntimos. Y le he dicho que no.

BUBY.—(Se levanta, ya indignado.) Paula, vámonos a nuestro cuarto.

PAULA.—¿Por qué?

BUBY.—Porque me da la gana a mí.

PAULA.—(Descarada.) ¿Y quién eres tú?

BUBY.—Soy quien tiene derecho a decirte eso. Entra dentro ya de una vez. Esto se ha acabado. Esto no puede seguir así más tiempo...

PAULA.—(En pie, declamando, frente a BUBY, y cogiendo en medio a DIONISIO, que está fastidiadísimo.) ¡Y es verdad! Estoy ya harta de tolerarte groserías... Eres un negro insoporable, como todos los negros. Y te aborrezco... ¿Me comprendes? Te aborrezco... Y esto se ha acabado... No te puedo ver... No te puedo aguantar...

BUBY.—Yo, en cambio, a ti te adoro, Paula... Tú sabes que te adoro y que conmigo no vas a jugar... ¡Tú sabes que te adoro, flor de la chimimoya!

PAULA.—¿Y qué? ¿Tú crees que yo puedo enamorarme de ti? ¿Es que tú crees que yo puedo enamorarme de un negro? No, Buby. Yo no podré enamorarme de ti nunca... Hemos sido novios algún tiempo... Ya es bastante. He sido novia tuya por lástima... Porque te veía triste y aburrido... Porque eres negro... Porque cantabas esas tristes canciones de la plantación... Porque me contabas que de pequeño te comían los mosquitos, y te mordían los monos, y tenías que

Buby... Me puede siempre... (Después.) ¡Te casas, Dionisio!...

DIONISIO.—Sí.

PAULA.—(Intentando nuevamente irse.) Yo me voy a mi habitación...!

DIONISIO.—No.

PAULA.—¿Por qué?

DIONISIO.—Porque esta habitación es más bonita. Desde el balcón se ve el puerto...

PAULA.—¡Te casas, Dionisio!

DIONISIO.—Sí. Me caso, pero poco...

PAULA.—¿Por qué no me lo dijiste...?

DIONISIO.—No sé. Tenía el presentimiento de que casarse era ridículo... ¡Que no me debía casar...! Ahora veo que no estaba equivocado... Pero yo me casaba, porque yo me he pasado la vida metido en un pueblo pequeño y triste y pensaba que para estar alegre había que casarse con la primera muchacha que, al mirarnos, le palpítase el pecho de ternura... Yo adoraba a mi novia... Pero ahora veo que en mi novia no está la alegría que yo buscaba... A mi novia tampoco le gusta ir a comer cangrejos frente al mar, ni ella se divierte haciendo volcanes en la arena... Y ella no sabe nadar... Ella, en el agua, da gritos ridículos... Hace así: «¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!» Y ella sólo ama cantar junto al piano *El pescador de perlas*²⁷. Y *El pescador de perlas* es horroroso, Paula. Ella tiene voz de querubín, y hace así: (Canta.) Tralaralá... pin, pin, pin... Y yo no había caído en que las voces de querubín están llenas de vanidad y que, en cambio, hay discos de gramófono que se titulan «Ámame en diciembre lo mismo que me amas en mayo», y que nos llenan el espíritu de sencillez y de ganas de dar saltos mortales... Yo no sabía tampoco que había mujeres como tú, que al hablarnos no les palpita el corazón, pero les palpitan los labios en un constante sonreír... Yo no sabía nada de nada. Yo sólo sabía pasar silbando junto al quiosco de la música... Yo me casaba porque todos se casan siempre a los veintisiete años... Pero

ya no me caso, Paula... ¡Yo no puedo tomar huevos fritos a las seis y media de la mañana...!

PAULA.—(Ya sentada en el sofá.) Ya te ha dicho ese señor del bígote que los harán pasados por agua...

DIONISIO.—¡Es que a mí no me gustan tampoco pasados por agua! ¡A mí sólo me gusta el café con leche, con pan y manteca! ¡Yo soy un terrible bohemio! Y lo más gracioso es que yo no lo he sabido hasta esta noche que viniste tú... y que vino el negro... y que vino la mujer barbuda... Pero yo no me caso, Paula. Yo me marcharé contigo y aprenderé a hacer juegos malabares con tres sombreros de copa...

PAULA.—Hacer juegos malabares con tres sombreros de copa es muy difícil... Se caen siempre al suelo...

DIONISIO.—Yo aprenderé a bailar como bailas tú y como baila Buby...

PAULA.—Bailar es más difícil todavía. Duelen mucho las piernas y apenas gana uno dinero para vivir...

DIONISIO.—Yo tendré paciencia y lograré tener cabeza de vaca y cola de cocodrilo...

PAULA.—Eso cuesta aún más trabajo... Y después, la cola molesta muchísimo cuando se viaja en el tren...

(DIONISIO va a sentarse junto a ella.)

DIONISIO.—¡Yo haré algo extraordinario para poder ir contigo!... ¡Siempre me has dicho que soy un muchacho muy maravilloso!...

PAULA.—Y lo eres. Eres tan maravilloso, que dentro de un rato te vas a casar, y yo no lo sabía...

DIONISIO.—Aún es tiempo. Dejaremos todo esto y nos iremos a Londres...

PAULA.—¿Tú sabes hablar inglés?

DIONISIO.—No. Pero nos iremos a un pueblo de Londres. La gente de Londres habla inglés porque todos son riquísimos y tienen mucho dinero para aprender esas tonterías. Pero la gente de los pueblos de Londres, como son más pobres y no tienen dinero para aprender esas cosas, hablan como tú y como yo... ¡Hablan como en todos los pueblos del mundo!... ¡Y son felices!...

²⁷ *El Pescador de Perlas*: famosa ópera de Bizet.

queta, con el cornetín en una mano y en la otra una gran bandera blanca. Y mientras habla, corre por la habitación como un imbecil.)

DON ROSARIO.—¡Don Dionisio! ¡Don Dionisio...! ¡Tengo todo preparado! ¡Dése prisa en terminarl! ¡Está el pasillo adornado con flores y cadenetas! ¡Las criadas tienen puesto el traje de los domingos y le tirarán confetti!... ¡Los carneros le tirarán migas de pan! ¡Y el cocinero tirará en su honor gallinas enteras por el aire!

DIONISIO.—*(Acomiándose por encima del biombo.)* Pero ¿por qué ha dispuesto usted eso...?

DON ROSARIO.—No se apure, don Dionisio. Lo mismo hubiese hecho por aquel niño mío que se ahogó en el pozo... ¡He invitado a todo el barrio y todos le esperarán en el portall! ¡Las mujeres y los niños! ¡Los jóvenes y los viejos! ¡Los policías y los ladrones! ¡Dése prisa, don Dionisio! ¡Ya está todo preparado!

(Y se va otra vez por el foro; y con su cornetín, desde dentro, empieza a tocar una bonita marcha. PAULA sale ahora con un sombrero de copa en la mano.)

PAULA.—¡Dionisio...!

DIONISIO.—*(Sale de detrás del biombo, con los pantalones del «chaquet» puestos y los falones de la camisa fuera.)* ¡Ya estoy...!

PAULA.—¡He encontrado ya el sombrero...! ¡Ya verás qué bien te está! *(Se lo pone a DIONISIO, a quien le está muy mal.)* ¿Lo ves? ¡Es el que te sienta mejor...!

DIONISIO.—¡Pero esto no es serio, Paula! ¡Es un sombrero de baile...!

PAULA.—¡Así, mientras que lo tengas puesto, pensarás cosas alegres! ¡Y ahora, el cuello! ¡La corbata!

(Empieza a ponérselo, todo muy mal.)

DIONISIO.—¡Paula! ¡Yo no me quiero casar! ¡Yo no voy a saber qué decirle a ese señor centenario! ¡Yo te quiero con locura...!

PAULA.—*(Poniéndole el pasador del cuello.)* Pero ¿estás llorando ahora...?

DIONISIO.—Es que me estás cogiendo un pellizco...

PAULA.—¡Pues ya está! *(Termina. Le pone el «chaquet».)* Y ahora el chaquet... ¡Y el pañuelo en el bolsillo! *(Le contempla, ya vestido del todo.)* Pero ¿y la camisa ésta? ¿Se llevan así en las bodas...?

DIONISIO.—*(Ocultándose tras el biombo para meterse la camisa.)*

No. Si es que...

PAULA.—¿Cómo es una boda, oye? ¿Tú lo sabes? Yo no he ido nunca a una boda... Como me acuerdo tan tarde, no tengo tiempo de ir... Pero será así... ¡Sal ya! *(DIONISIO sale, ya con la camisa en su sitio.)* Yo soy la novia y voy vestida de blanco con un velo hasta los pies... Y cogida de tu brazo... *(Lo hace. Y se pasan por el cuarto.)* Y entremos en la iglesia... así... muy serios los dos... Y al final de la iglesia habrá un cura muy simpático, con sus guantes blancos puestos...

DIONISIO.—Paula... Los curas no se ponen guantes blancos...

PAULA.—¡Cállate! ¡Habrá un cura muy simpático! Y entonces le saludaremos... «Buenos días. ¿Está usted bien? Y su familia, ¿está buena? ¿Qué tal sigue el sacristán? Y los monaguillos, ¿están todos buenos...?» Y les daremos un beso a todos los monaguillos...

DIONISIO.—¡Paula! ¡A los monaguillos no se les da besos...!

PAULA.—*(Enfadada.)* ¡Pues yo besaré a todos los monaguillos, porque para eso soy la novia y puedo hacer lo que quiera...!

DIONISIO.—Es que... tú no serás la novia.

PAULA.—¡Es verdad! ¡Qué pena que no sea yo la novia, Dionisio...!

DIONISIO.—¡Paula! ¡Yo no me quiero casar! ¡Vámonos juntos a Chicago...!

DON ROSARIO.—*(Dentro.)* ¡Don Dionisio! ¡Don Dionisio...!

DIONISIO.—¡Escóndete...! ¡Es don Rosario! ¡No debe verte en mi cuarto!²⁸

²⁸ Esta es la situación clave que desnascara la educación de Dionisio: el miedo a la reputación. Dionisio, educado en la vergüenza, no es capaz de